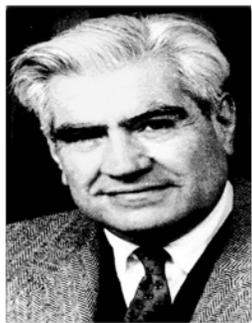


EL CONCEPTO DE DIGNIDAD EN LA OBRA DE MANUEL ROJAS NICKOL VALDIVIA IBÁÑEZ

¿Qué podría decir de Manuel Rojas que aún no se haya dicho? ¿Cómo pensar en su obra sin mencionar los rasgos autobiográficos?



Se me hace complicado encontrar aquél punto, aquella arista del escritor que aún no se haya agotado del todo. Y tratando de ver más allá de lo evidente, pienso que la potencia de su creación literaria, se encuentra primero en la sutileza que emplea al describir a sus personajes, en las características y los valores que poseen los marginados, los desamparados, los huérfanos,

los delincuentes, los lisiados, los “otros” como diría Gabriela Mistral, la gente poco decente, esa que no encaja en esta sociedad de la producción, la de los hombres-máquina, la de los trabajólicos y estresados, aquellos que no están aquí para pensar ni cuestionar, sino que para asumir una vida industrializada y, por lo tanto, ese es el único valor que se les adjudica, su potencial productivo.

Por el contrario, los personajes que poblaron el mundo creado por Rojas, son hombres que en su precaria condición ya sea económica o educacional, conservan un tesoro inextinguible, que está situado en sus almas, y se compone en la mayoría de los casos, por la dignidad, el espíritu y el orgullo. Sí, el orgullo. Muchos se preguntarán: ¿Orgullosos de qué? De ser personas, de su humildad y sencillez, de que si pueden dar, no lo hacen por recibir una recompensa distinta a una sonrisa, ellos no necesitan aparentar frente a nadie, ni una felicidad material, concreta ni tangible, ya que se sienten realizados porque son capaces de ponerse en el lugar del otro, quizás del que ha sufrido más injusticias que ellos, y porque aún pueden confiar en los demás; creen en la palabra y no necesitan comprobarlo por medio de un documento legal:

“- Quisiera sacar libreta de embarque.

- ¿Nacionalidad?

- Argentino.

- ¿Certificado de nacimiento?

- No tengo.

- ¿Lo ha perdido?

- Nunca tuve uno.

- ¿Cómo entró a Chile?

- En un vagón lleno de animales.”

¿Qué es lo legal entonces? Podría haberse preguntado Aniceto Hevia, en *Hijo de Ladrón*, ¿Qué más auténtico y legal que este cuerpo, para rectificar mi existencia? Esto me hace pensar que el mundo no estuvo ni está preparado para

recibir a los “otros”, puesto que lo que se admira y destaca, es lo estéticamente agradable, luego el éxito, en especial si es económico, por lo tanto se piensa que al poseerlo no necesitamos nada más para ser felices. Esta no es la realidad que viven los desamparados en el mundo de Manuel Rojas; recordemos entonces al joven de *El vaso de leche*:

“Hacia tres días justos que no comía, tres largos días, y más por timidez y vergüenza que por orgullo [...] esperando de la generosidad de los marineros, algún paquete que contuviera restos de guisos y trozos de carne. No podía hacerlo, no podría hacerlo nunca [...] cuando alguno le ofrecía sus sobras, las rechazaba heroicamente, sintiendo que la negativa aumentaba su hambre”.

Algunos podrían suponer que la forma de vida de los marginados de Rojas gira en torno al conformismo, puesto que es impensado aceptar que la felicidad se pueda encontrar tomando un vaso de leche con vainillas; o que al salir de la cárcel, Aniceto, en su desesperación y soledad, sienta deseos de regresar a ese lugar, porque es ahí donde está su hogar; o como ocurre en *El mendigo*, donde un hombre que a duras penas podía caminar y, sin proponérselo, comenzó a recibir limosna de la gente que pasaba a su lado, pues al verlo harapiento lo convirtieron en lo que es, un mendigo.

Mas ellos son seres simples, si bien no en un sentido peyorativo, sino que son personas que disfrutaban de la sencillez de la vida, de un “lecho nada de blando y nada de cómodo, a tres centímetros del suelo, oliente a paja y a tierra, y a hombre extraño, sin sábanas, sin fundas [...] pero era una cama...” (*Hijo de ladrón*), aunque sus vidas estén determinadas por las circunstancias, no se sienten olvidados por Dios,



pues sin ellos sería imposible atravesar la frontera entre Manuel Rojas, *el escritor*, y Manuel Rojas, *el hombre*, quien demostró su grandeza y naturalidad de manera transversal, exigiéndonos valorar y respetar a los “otros”, pero no a los de su mundo, sino a los que golpean diariamente a nuestra puerta.